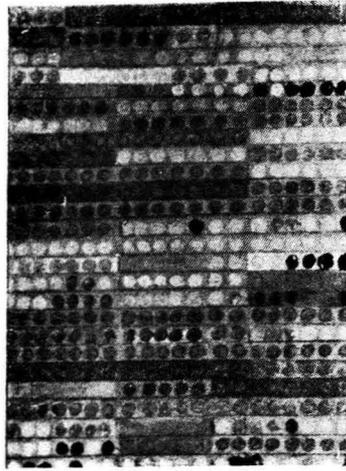


de la libertad humana, como singularidad finita "genuinamente absoluta", como "perfeccionamiento de esencia y ser, por lo cual éstos no se desprenden de su verdad en el ente, sino que más bien la ganan y al mismo tiempo nosotros, los hombres, nos ganamos" (pp. 18, 27, 30).

Una serie de experiencias, como la de la "muerte", la "salvación", la "culpa", la "historia", completan y justifican la noción funcional de persona. La experiencia de la muerte como unidad e identidad entre lo que debe y no debe destruirse, la experiencia histórica como unidad e identidad entre el espíritu objetivo y el espíritu subjetivo, por ejemplo. Pero la unidad de los opuestos, insiste Müller, no se resuelve, como entre los antiguos, en la pérdida de la individualidad tal vez con la muerte, o en la contemplación supraindividual tal vez con y en la actitud teórica suprema, "porque ahora no vemos ya la unidad de lo opuesto, que se opera en la 'persona', como disolución de las oposiciones en un absoluto, sino como unidad dialógica indisoluble, que apunta sin cesar hacia el misterio que todo lo gobierna como su medio insuprimible" (p. 53).

Pese a lo atractivo de esta concepción, extrañamos una investigación sobre el principio de unificación de un conjunto de experiencias en un único centro consciente y en un único centro corporal. El concepto de persona surge para Müller ahí donde en cada una de



nuestras experiencias y en su conjunto se produce unidad de oposición entre lo singular y lo suprasingular. Pero no toca el problema de la polarización de estas múltiples experiencias en un único centro consciente y corporal. Junto a la unidad de los opuestos en la dirección singular-suprasingular hace falta una consideración sobre la unidad de las diferentes experiencias en la dirección del propio singular. Tampoco parece conceder el autor mayor importancia al cuerpo para la fijación del concepto de persona. La singularidad corporal se le presenta como "forzada en cierto modo desde fuera", por la materia signada cuantitativamente (pp. 12, 30). Sin embargo, cada quien sabe que su cuerpo es propio como el mío es mío.

WONFILJO TREJO

LA LUCHA POR LA ENFERMEDAD

KARIN STEPHEN, *Psicoanálisis y Medicina (El deseo de enfermarse)*, Prólogo de Ernest Jones, Trad. de Florentino Torner, Ed. Mortiz, México, 1965. 266 pp.

La misma autora se encarga muy pronto de descubrirnos claramente sus intenciones: hacer llegar conocimientos psicoanalíticos tanto a los médicos como a las personas interesadas en asuntos psicológicos. Su meta es la difusión de la hipótesis freudiana.

Se detiene en el complejo de Edipo y la angustia, vistos, desde el ángulo freudiano, como piedras angulares explicativas de los trastornos neuróticos. Nos deja ver cómo el mecanismo de defensa de la represión puede fallar, para ser sucedido por la aparición de síntomas neuróticos. Pero quizás hay algo de más interés que se desliza a lo largo del libro: "que los enfermos ignoran por completo que su enfermedad responde a un propósito" y que los pacientes neuróticos "luchan con todo su poder para conservar sus síntomas". Esto quiere decir que este tipo de enfermedades tiene un sentido y una interpretación. El psicoanálisis no sólo logra desentrañar las causas sino que descubre el movimiento vital que posee la enfermedad psíquica.

Para quien desconozca la psicología del inconsciente puede resultar una sorpresa que una sintomatología obedezca a un propósito de conservación. Como dice la doctora

Stephen, los síntomas después de la salud, son "una transacción a la que se recurre cuando la represión sola amenaza con ser insuficiente y hay que permitir alguna salida". Esto nos induce a pensar que se está hablando de un peligro. Éste es el caso del neurótico; pero éste no reconoce conscientemente su peligro, es víctima de sus fuerzas inconscientes e, impotente para enfrentarlas también inconscientemente, hace concesiones, establece pactos que en la clínica se traducen por síntomas.

Lo anterior contiene una afirmación: la conciencia no es ni con mucho la totalidad de la vida mental; fuera del campo de nuestra advertencia operan fuerzas mentales que nos conducen en nuestras relaciones con otras personas y con nosotros mismos.

En el escrito de la doctora Stephen hay también un énfasis explícito en lo que podemos llamar el empobrecimiento progresivo de las personas sobrecargadas de problemas neuróticos. Se trata de un empobrecimiento emocional: "sin ninguna emoción a disposición de la vida, de manera que nada nos importe". Aunque la autora señala este peligro real, no lo explota suficientemente, a fuerza de dedi-

car mayor atención a la fenomenología sintomatológica y clínica desde el punto de vista freudiano. Otros pensadores y psicoanalistas, como Erich Fromm, conceden una importancia suprema al estado esquizoide, que vuelve al individuo incapaz de experimentar afecto y por ello se siente ansioso, deprimido y desesperado.

Por otra parte, el libro tiende a la idea de que el contenido sexual reprimido es el material de mayor importancia como productor de neurosis y de ansiedad. La doctora Stephen lo declara así enfáticamente: "La fuente inconsciente de la angustia neurótica, sea cualquiera la forma que tome, es el miedo al fracaso de la represión que tenga por resultado la impotencia ante las demandas de los instintos primitivos." Podemos tal vez pensar que se refiere a los llamados ins-

tintos eróticos y a los instintos tácticos. Sin embargo, a las luces de otras ideas como las de Fromm, más modernas y que tienden a un desarrollo orgánico de las mismas concepciones de Freud, encontraríamos que, en la actualidad, lo más reprimido en nosotros no es lo sexual, sino la sensación de ansiedad, de duda, de falta de significado de la vida y la enajenación. Esa enajenación que la autora indica como una resultante progresiva de los conflictos mentales. Independientemente de la escuela que sustenta el libro, su mérito es patente, por cuanto trata de hacer observar a médicos y estudiosos los peligros objetivos, clínicos, pero entendibles y curables, de esa paralización emocional que bien puede llamarse el mal del siglo.

JUAN CEBALLOS C.

PSIQUIATRÍA CON HUMOR

FRITZ REDLICH, JUNE BINGHAM Y JACOB LEVINE, *La Psiquiatría en la vida diaria*, Trad. de María Luisa Díez Canedo, Ed. Mortiz, México, 1965. 272 pp.

En la contraportada de este libro encontramos unas líneas que intentan dar una síntesis de su intención. Se refieren a una feliz colaboración entre psiquiatras y caricaturistas que logra con "100 caricaturas y un texto libre de toda jerga especializada explicar los descubrimientos básicos de la psiquiatría en relación con la vida común". Aunque las dimensiones y profundidad de esta afirmación desbordan la realidad, la conjunción entre arte y ciencia resulta, en verdad, de positivo interés y utilidad. Pero aunque sea muy de celebrarse ese acierto, el énfasis no hace justicia a metas más valiosas. Personalidades como la de Fritz Redlich, director del Departamento de Psiquiatría de la Escuela de Medicina de la Universidad de Yale, y Jacob Levine, jefe de Psicología Clínica del Hospital de la Administración de Veteranos de Newington, se preocuparon por hacer llegar un mensaje, gráfico y ágil, de los problemas psíquicos que agobian y determinan nuestra vida diaria. Mucho se ha escrito y se ha hablado para llamar nuestra atención acerca de las fuerzas psíquicas que nos determinan y de las cuales somos inconscientes; pero también es verdad

que existe una prevención mágica en torno a lo mental, que nos impide darnos cuenta de ello. Es un rechazo temeroso de profundizar, de ir más allá de lo meramente "evidente" o medible.

La caricatura resulta en este libro un auxiliar valiosísimo para ablandar el mensaje de los científicos, hacerlo digerible para los remisos a entender los conflictos mentales. Y en esta misión añade un mérito más: la caricatura no ridiculiza, no disminuye el valor del espíritu científico. Muy lejos de destruir, con intención constructiva, por lo contrario, va llevando al lector a revisar sus propios enigmas psíquicos. También es una sorpresa encontrar casi una guía para el estudioso de las disciplinas psicológicas, si se dedica a la enseñanza, o para el estudiante que se inicia en el aprendizaje de la Psicología. De cualquier forma su lectura es saludable porque introduce una actitud muy difícil de aprender: mirar nuestros problemas y limitaciones con una luz de humorismo. Quitar lo solemne usando el humorismo es acercarnos a algo que en sí es un avance: a ser humildes, cuando menos frente a nosotros mismos. No debe seguirse de esto, que la mira oculta sea restar importancia o recomendar descuido; si así se interpreta, sería la interpretación más equívoca y dañina para su propia vida interna, que puede tener el lector.

También es un acierto el capítulo dedicado a entender la personalidad del analista: qué ayuda puede proporcionar, cuáles son sus limitaciones, qué clase de especialista es.

El libro sigue una línea estrictamente "ortodoxa". Los autores han sido fieles a la palabra de Sigmund Freud y definen el psicoanálisis como un tratamiento y una teoría reservada a sus ideas.

Sólo podemos entender esto si aceptamos que una escuela tiene el derecho de reservarse la posesión

